

GILBERTO BOSQUES UN RECUERDO EMOCIONADO

Por José Luis Morro Casas¹

No debo ni puedo negarlo; el nombre de Gilberto Bosques se hallaba ausente en el desván de mi memoria a comienzos de la década de los noventa. La primera vez que vi aparecer su nombre fue en un texto del escritor valenciano Rafael Prats Rivelles titulado: “*Max Aub*” publicado por la editorial “Epesa” (Madrid, 1.978) En ese tiempo me hallaba inmerso en el estudio, triste y penoso como todos los desarraigados de su tierra, del itinerario por los caminos del exilio del escritor Max Aub (París 1.903 – México D.F. 1.972) quien deseó ocultar aquella tragedia padecida en carne y espíritu. En uno de sus “*Diarios*” depositados en la Fundación que lleva su nombre en la ciudad española de Segorbe, claramente pueden apreciarse páginas arrancadas y que el escritor describió como: “*Páginas del libro caídas*”.

Llamó mi atención un párrafo en el que el intelectual “*agradecía*” muy sinceramente la inmensa ayuda dispensada por el diplomático mexicano, por liberarle de cárceles y campos de concentración, en suelo francés primero y, después, del campo de castigo de Djelfa, en las altiplanicies del Atlas argelino, hasta lograr alcanzar la definitiva y ansiada libertad en suelo mexicano.

Pero: ¿Quién fue Gilberto Bosques? ¿Permanecerá entre nosotros? Y, si es así ¿no estará muy, pero que muy jubilado?

Interrogantes y preguntas discurrían, en ese tiempo, como un mar de dudas por los caminos de la imaginación pero, desgraciadamente, sin alcanzar el abrigo del ansiado puerto. Recuerdo que envié cartas y más cartas y algunas llamadas telefónicas a distintos organismos públicos o privados, españoles, mexicanos y de otros países. Pero, en su mayoría, el silencio fue la respuesta; en otras desconocían quien era el diplomático y, en alguna, me animaban a viajar a la capital mexicana. Imposible, o casi, en aquellos años. La desesperanza e incertidumbre comenzaban a hacerse notar.

¡Pero los hados fueron benignos en marzo de 1.994!

El mismo día, tras mi regreso de un Congreso en la Universidad de Salerno, Italia, una carta aguardaba en el buzón postal. Provenía de la Embajada de España en México remitida por el Ministro Encargado de Asuntos Culturales D. Paulino González F. Coguredo.

¹ José Luis Morro es natural de Segorbe, pequeña ciudad cercana a Valencia, España. Se inició a la historia del exilio español de 1.939, durante el Primer Congreso Literario celebrado en la Universidad Autónoma de Barcelona en 1995, llevando por título: "Max Aub ¿un exilio diferente? Ha participado en Congresos sobre el exilio español, literario y político, en Universidades españolas; Castellón, Valencia, Salamanca, Madrid y Barcelona. Ha escrito para la colección Memoria Viva: *Campo de Vernet, Campo de Gurs y Campos Africanos*. Participó en los textos: Sobrevivir a Mauthausen y Al final...la libertad. Ahora prepara una biografía del diplomático Gilberto Bosques.

La misiva aportaba la dirección postal y el teléfono del Embajador: *“Que aún permanece entre nosotros. Su hija, Laura, tendrá mucho gusto de ayudarle en su investigación”*.

¿Cómo describir la inmensa alegría y satisfacción desbordante de aquel mágico y gratificante instante? Humildemente no puedo. Ni quiero intentarlo ¡pero siempre lo llevaré conmigo en lo más profundo de mi memoria!

En la primera conversación con Laurita Bosques, como familiarmente se la conoce, ya obtuve su colaboración y, lo más importante, su amistad. Siempre estaré agradecido a una mujer generosa, culta e inteligente quien, durante años, permaneció al cuidado de su padre, colmándole de afecto y atenciones con exquisita dulzura. Laura Bosques, y por extensión María Teresa (Teté) y Gilberto Cornelio Bosques Manjarrés, ya en otros espacios y al que no tuve el placer de conocer, son el mejor vínculo de aquel pasado mexicano, diplomáticamente ejemplar y magnífico.

Cartas y llamadas telefónicas, incluidas con el propio Don Gilberto, fueron amasando una estrecha relación amistosa, familiar y de colaboración en mi investigación que alcanzó su cenit en enero de 1.995, cuando, por fin, arribamos a la capital mexicana.

El 4 de enero, el taxi que nos transportaba aparcó en el número 20 del Camino Real de Tetelpan. Junto a Virgilio Garnes y Antonia Ramos, amigos de la Televisión Local de Segorbe, y Teresa Lázaro, mi esposa, fuimos gentil y fraternalmente recibidos por Laurita. Pero la emoción se intensificó cuando en el hall de la casa nos estaba aguardando ¡de pie y con 102 años: El Embajador Don Enrique Gilberto Bosques Saldívar!

Estábamos delante del *“Bartolomé de las Casas”* o *“del paño de lágrimas de los republicanos españoles y antifascistas europeos”* como felizmente describiera Manuel Azcárate. Uno de los principales artífices de liberar a miles de ciudadanos europeos y de otros continentes de las garras del fascismo y entre ellos Max Aub.

Durante horas, “platicamos” de aquellos trágicos años en la Francia de la Segunda Guerra Mundial. De su amistad con Don Manuel Azaña y Don Marcelino Domingo. De España y su incivil guerra. De los republicanos españoles, reclusos en aquellos campos de miseria y podredumbre, en suelo francés y norteafricano. Su paso por la otra dictadura ibérica, Portugal. De Cuba y su Revolución... De la Revolución Mexicana y de su amigo el Presidente Don Lázaro Cárdenas del Río, entrevista que compartimos junto a la vocal en la Junta directiva del Ateneo Español de México, Dra. Amapola Andrés Barriuso; la Profesora y Directora de la Universidad Obrera de México, D^a Adriana Lombardo, hija del sindicalista Don Vicente Lombardo Toledano y Laura Bosques.

¡Cuántos y cuántos temas, tras dos entrevistas y más de cinco horas de grabación y, sobre todo, desarrollada fluida y amenamente, con extraordinaria lucidez de palabra y pensamiento. Realmente magistral! Siempre seré deudor con el Maestro, como siempre quiso que se le recordara, Gilberto Bosques.

Escribir del profesor Bosques es hacerlo de la Historia Moderna de México y, a la vez, de la Historia, trágica, de los exilios español y europeo de 1.939, aunque en España sea menos

conocido. Debo añadir, no obstante, que fue el mismo Profesor quien contribuyó, más que deliberadamente, a velar las huellas de su acción histórica. En ese afán de esquivar por los signos de pervivencia en la historia, a la que tanto ansían otros hombres, tuve el privilegio de observar en él una de las más admirables conductas del género humano. Presencí a un *demófilo incorregible*, esto es, un amante del pueblo, comprometido con sus causas sociales desde muy temprana edad, con una entrega impersonal y desinteresada en la ayuda y protección hacia con sus semejantes, especialmente hacia los humildes y desprotegidos, sin ulteriores finalidades publicitarias y sin rastro alguno de vanidad que jamás afloraron en: *“un revolucionario de los que permanezcan solos hoy, mañana y siempre.”*

En el fondo queda claro que las personas, sean o no intelectuales, deben ser medidas no sólo por sus capacidades o por sus posiciones, a las que muy a menudo les arrojan las circunstancias, sino por su fortaleza moral y, en muchas ocasiones, la posición más digna es el silencio y renuncia del protagonismo. Ni siquiera las cenizas de sus restos, incinerados en el Panteón Parque Memorial de Ciudad de México, quedan en lugar prominente. ¡Quiso que fuera el PUEBLO, añorado y jamás olvidado Chiautla de Tapia *“si el pueblo me acepta”* sin aspavientos y con modestia, quien decidiera el espacio adonde quedar depositadas!

Una pequeña urna de mármol blanco, depositaria de las cenizas del diplomático, alojada quedó en las entrañas de una humilde columna, expresamente levantada en una plaza de cierto arraigo español, en la villa que le había visto nacer hacía más de un siglo. Fue el 20 de julio de 1.995 ¡el mismo día que, 103 años atrás, despertó a la vida!

Fue una de sus últimas voluntades confiada a uno de sus tesoros más queridos, su hija Laura Bosques. Las riquezas que más acariciaron fueron las de sus amores: sus padres D. Cornelio Bosques Pardo (¿?- 1.917) natural de Huamuxtlitán, Estado de Guerrero, Agente Comercial de grano y ganado por la amplia extensión territorial chiauteca y D^a María de la Paz Saldívar Quiroz, natural de Chiautla, educadora y Maestra del joven Bosques, cuando la enseñanza, en aquellos años de finales del siglo XIX y principios del XX, era fruto de lo espontáneo y, sin duda, su esposa D^a María Luisa Manjarrés Romano (¿? - 1.985) natural de Puebla y auténtico soporte material y moral en la trayectoria del Maestro. En palabras de Laurita: *“ambos hicieron de sus vidas una verdadera obra de arte”*

Gilberto Bosques creció en una casa del barrio de San Miguel, al cuidado de madre y tres hermanas, pero más importante fue al hacerlo en un domo donde la lectura era, casi, de obligado cumplimiento. Un espacio funcionaba como biblioteca en la que el chamaco Bosques pasaba horas y horas leyendo y releendo libros y revistas que llegaban a la casa, sólo o con la madre y, en muchas otras ocasiones, con sus abuelos maternos D. José Guadalupe Saldívar y D^a Margarita Quiroz.

El 4 de julio de 1.904, próximo a cumplir 12 años, debe examinarse de todas las materias aprendidas, a modo de suficiencia, en la Escuela Normalista de la capital, Puebla de los Ángeles. Era la primera vez que abandonaba la villa y no tuvo gracia alguna. Si bien no le ofreció dificultad, haciéndolo con holgura, superar la prueba y regresar a su tierra, sí traería consecuencias muy importantes en el destino de su vida. Pero esos años, hasta 1.938, quedan

aparcados en este artículo, verán la luz en un próximo libro que, esperemos, aparezca en el cercano julio.

A Gilberto Bosques nunca le pasó por la imaginación el entrar a formar parte del Servicio Exterior mexicano, tras dimitir como director del diario *El Nacional*. La “rara” idea surgió de su amigo D. Luis Enrique Erro tras regresar de París, ciudad a la que había viajado, a instancias del propio Cárdenas, a operarse de la sordera que padecía en un oído rebelde, quien insistentemente, cuando se encontraban, le decía: “*Gilbertito tú debes entrar a formar parte del Servicio Exterior*”. Pero Bosques no baba crédito ni ofrecía caso alguno a la sugerencia del amigo. Sin embargo la indicación tomó fuerza cuando junto a D. Leonides Andrew Almazán, Secretario de Salubridad, la propusieron al propio Lázaro Cárdenas pero el presidente desoyó, primeramente, la peregrina idea.

Pero las circunstancias cambiaron a mediados de agosto de 1.938. Fue el propio presidente quien solicitó la presencia de Bosques en la residencia de Los Pinos. Tras una larga conversación de temas domésticos e internacionales, entre ellos la difícil situación de la República española, Lázaro Cárdenas tomó la decisión de nombrarle Cónsul General en Francia, la de Ministro fue rechazada por Bosques.

En la casa de Pilares aguardaban impacientes la llegada del Profesor. Cuando apareció por la puerta todos esperaban expectantes la ansiada respuesta, hasta escuchar: “*he aceptado el cargo como Cónsul General en París por un año*”

El 17 de diciembre de 1.938, la familia Bosques-Manjarrés abandonaba Ciudad de México en coche, el Ingeniero Tovar, amigo de la familia, y el propio Bosques conducirán el vehículo los más de cuatro mil kilómetros que separan la capital mexicana de Nueva York. La noche de Navidad la pasaron en un hotel cercano al puerto donde aguardaba el trasatlántico *Normandie*, que abordaron al día siguiente llegando al puerto parisino de L’Havre la noche del 31, tomando posesión del cargo en la mañana del 1º de enero de 1.939. No podía sospechar la inmensa tarea que iba a realizar en defensa de los antifascistas europeos.

Los acontecimientos se precipitaron por proximidad geográfica. Decenas de miles de españoles y brigadistas internacionales, procedentes de decenas de nacionalidades, huyen al sur de Francia a través de los distintos pasos fronterizos del Pirineo catalán, donde son capturados y recluidos en campos de concentración no aptos para seres humanos. La primera propuesta que hizo Bosques a su presidente fue la de dar un ejemplo al mundo, a pesar de no contar con capacidad naviera suficiente, careciera de fondos y no poder resolver en solitario aquel gran problema. Su pensamiento estaba en ofrecer asilo en su territorio a todos los refugiados provenientes de España que lo desearan, incluyendo a brigadistas internacionales, aunque este último caso no fue aceptado en principio. Lázaro Cárdenas aprobó que Bosques otorgara visas a muchos ciudadanos que no habían estado en España pero que se encontraban en Francia como refugiados y cuyas vidas comenzaron a correr grave peligro tras el colapso militar del país anfitrión en junio de 1.940.

De mayo de 1.939 hasta junio de 1.940, tras visitar aquellos campos de miseria, más de seis mil republicanos fueron transportados a tierras mexicanas. Si el Sinaia fue el primer navío en

atravesar el gran océano rumbo al país azteca, posteriormente Gilberto Bosques tuvo la satisfacción en despedir al vapor *Mexique* del puerto de Burdeos, entre sus pasajeros se hallaba D. Vicente Rojo, padre del gran artista mexicano del mismo nombre. Nadie de los veinte mil españoles que arribaron a suelo mexicano, ha olvidado el nombre de otros navíos que lograron llevarles a una tierra de libertad y dignificación social y humana, como fue la del periodo de mandato del general Cárdenas.

Si con Narciso Bassols, Encargado de Negocios en la Delegación mexicana, trabajaron denodadamente en la confección y posterior salida de los refugiados, es con D. Luis Ignacio Rodríguez Taboada, sustituto de Bassols, donde Bosques profundiza aún más si cabe, en la ayuda y protección de los refugiados. Ambos abandonaron París el 10 de junio de 1.940, con los alemanes en los talones. El embajador siguiendo al gobierno francés a Tours y de allí a Vichy. Gilberto Bosques salió rumbo a Bayona, ciudad cercana a la frontera española en el mar Cantábrico, donde establece el consulado general. Su esposa e hijos se instalaron en San Juan de Luz, habían salido de París a comienzos del mes de mayo, siendo en esa bella villa donde Laura, María Teresa y el joven Gilberto vieron como los ciudadanos franceses lloraban por la presencia de soldados alemanes, lágrimas que, meses antes, no quisieron derramar ante aquellos que esperaban su amparo ante la desgracia.

A primeros de julio, tras quedar Francia dividida en dos, Gilberto Bosques traslada el Consulado a Marsella, la ciudad mediterránea: *“se había convertido en el desagüe donde desembocaba todo aquel río de gentes provenientes del norte del país, huían de la guerra y de los nazis. A ellos se unieron todos aquellos provenientes de los campos de concentración, soldados dispersados, mercenarios de todas las banderas; el mar de Marsella era la única esperanza de aquellas gentes atrapadas sin posibilidad de continuidad, ese mar que ofrecía la dicha de vivir en otros continentes”*.

En los cientos de bares y cafeterías situados en la principal avenida, la Cannebiere, podían escucharse decenas de idiomas, pero son palabras sueltas al viento las que calan en el seso de los que quieren abandonar suelo francés: visados, tránsito, permiso de salida, barcos..., palabras que ahora son posibles hacerlas realidad, llevan dirección del Viejo Puerto, a un vetusto edificio del boulevard de la Madeleine, es el nuevo Consulado General de México bajo la dirección de Gilberto Bosques.

Las autoridades mexicanas se dieron de lleno a la tarea de otorgar protección y asilo a refugiados que lo requerían. Tras el acuerdo franco-mexicano del mes de agosto de 1.940, entre la Delegación mexicana, presidida por Bosques, y el gobierno filo fascista de Vichy, Gilberto Bosques, a diferencia de otros representantes extranjeros, tomó para sí la misión de no dificultar al fugitivo acosado, extenuado y medio muerto de hambre, ofreciendo la visa concedida ni denegarla por un trivial error técnico. Gilberto Bosques fue el mejor dispuesto y más abnegado favorecedor de los refugiados que habrían de marchar a México y a otros países. Su ayuda y sus esfuerzos personales, la plena intervención de su persona y del prestigio político de su país fueron, en cientos de casos, lo único que permitió salvar la vida de los refugiados de situaciones muy complicadas. Por eso se merece un lugar de honor en la historia del siglo XX, porque hizo mucho más de lo que hubiera sido su estricta tarea consular:

“Ayudamos a seis mil refugiados en Francia a llegar a México; otros cuatro mil recibieron visas mexicanas, pero se quedaron en Estados Unidos o en otras partes. Otros no querían venir a México, sino sólo nuestra ayuda. Otros utilizaron nuestros papeles para salir de los campos. Para esto debía buscar y encontrar adecuadas vías que sólo al borde y fuera de la legalidad de Vichy podían tener éxito”.

Es perfectamente comprensible que el lema de Bosques fuera: salvar vidas y más vidas, gracias a los contactos que poseía entre la policía de Marsella, organizaciones de ayuda a los refugiados españoles con sede en Nueva York, la Liga de Escritores Hispanoamericanos, la Delegación de Cuáqueros norteamericanos en Francia, la Unitarian Service Committes, la HICEM -entidad judía con la que Bosques mantenía estrecha relación-, y en Ginebra la Sociedad Internacional de auxilio a Refugiados Políticos. Alquiló dos castillos en las afueras de Marsella: Montgrand y La Reynarde, que fueron albergues de cobijo y esperanza de cientos de refugiados que esperaban salir de aquella ratonera.

De día o de noche y a la hora que fuera, incluso desde la propia casa, allí estaba él para socorrer al necesitado. Por eso Gilberto Bosques se merece un lugar de honor en la historia, pues en él se observa a un hombre dispuesto a escuchar todas las angustias, todos los infortunios y poner todos los medios para remediarlo. Su peculiar cortesía y amabilidad, su interés, su afecto, sus desvelos hacia con los españoles hacían que se sintiesen por él esa admiración que sólo se siente por alguien amado. Bosques vivió más cerca, más tiempo, penetró más hondo que ningún otro en la tragedia permanente de los refugiados.

Pero todo ese anhelo por defender a los demás produjo su propio cautiverio. Cuando desempeñaba su labor como Encargado de Negocios en Vichy. Fuerzas alemanas asaltaron la Legación el 12 de noviembre de 1.942. Gilberto Bosques, su familia y todo el cuerpo diplomático mexicano fue arrestado y llevado al hotel-prisión en Bad-Godesberg, villa cercana a la antigua capital alemana, Bonn. Canjeados por doscientos espías alemanes, presos en Perote y otros centros penitenciarios en suelo mexicano, fueron trasladados, junto a otras representaciones iberoamericanas, a Hendaya frontera con España. Fue el 26 de febrero de 1.944. Es la primera y única vez que Gilberto Bosques cruza en un tren especial suelo español, pero sin pisarle, hasta Lisboa, ciudad a la que volverá dos años después como Encargado de Negocios, prosiguiendo su labor humanitaria hacia con los españoles, 93 fueron liberados a México, que lograran arribar a Ericeira, gracias al Pacto de Caballeros que alcanzó con el dictador portugués Oliveira Salazar.

El 31 de marzo arribó a la estación de Buenavista, en la que más de ocho mil personas le estaban aguardando. Muchos de ellos eran los mismos que, tres años atrás, habían sido liberados por los desvelos de Bosques en suelo francés.

Gilberto Bosques falleció a las cinco de la madrugada del 4 de julio de 1.995. Una caída en la casa fue el detonante del fin. Postrado en una cama hospitalaria, Gilberto Bosques, todavía tenía reservada una sorpresa. Cuando el doctor realizaba una visita rutinaria al paciente Bosques dijo: *“Doctor decidí mi vida, también decido mi muerte”* Acto seguido apartó la mascarilla que le tenía atado a la vida y expiró.

Gilberto Bosques Saldívar tenía casi 103 años, pero fueron pocos para un hombre humanista y, machadianamente, BUENO, que para los que hemos tenido la fortuna y el consuelo de su palabra nos damos cuenta de su gran mérito, de ese mérito silencioso que se conserva a la sombra del espíritu y que emerge cuando el alma quiere recrearse en un paisaje de excelente moral y en el recuerdo de la ejemplaridad.

José Luis Morro Casas